

LA PUREZA DE CORAZÓN EN LOS PADRES DEL DESIERTO

*Bienaventurados los puros de corazón
porque verán a Dios. (Mt 5,8)*

EL AMBIENTE CULTURAL

El ideal religioso de los griegos era —como sabemos— muy elevado. Toda la actividad humana —al menos según los filósofos— debía tener un único objeto, llamado por Platón *homoiôsis théô*, la semejanza con Dios, la asimilación a Dios¹. En un primer momento, esto puede parecer sorprendente y aun audaz, si se considera hasta qué punto el pensamiento helénico subrayaba, por una parte, el carácter enigmático, incorporeal, inaprehensible e invisible de Dios, y por otra parte, la miserable condición carnal de todo ser humano². Y sin embargo, este ideal, por alto que fuese, estaba lejos de ser una quimera. Le era posible al hombre tender eficazmente hacia esa *homoiôsis théô*, al menos hasta donde su naturaleza se lo permitiese, porque afirmaban que entre Dios y él había un cierto parentesco (*syngénéia*)³, y en consecuencia todo era permitido y esa meta podía y debía motivar al hombre en el transcurso de su peregrinación terrena.

Pero este nostálgico de Dios, para alcanzar semejante altura de pureza divina, situada en las antípodas de su humilde condición

* de *La Vie Spirituelle*, Septiembre-Octubre 1992, n°701, tomo 146, pp.453-481.
Traducción: Paula Debussy, osb.

** Agradezco particularmente al Noviciado del monasterio de las Benedictinas de Rouen, que ha participado en la preparación de este estudio.

corporal, no podía sustraerse a la necesaria, lenta y laboriosa purificación que los griegos denominaban *katharsis*⁴.

En efecto, ¿cómo concebir una iluminación divina sin una previa purificación? ¿Cómo acercarse al que es Todo-Puro (*katharos*) sin estar uno mismo purificado, y cómo llegar a estarlo?

Tales eran, junto con muchos otros elementos, entre ellos algunos estoicos, y con numerosos matices, las ideas filosóficas de dominante platónica que agitaban los espíritus y motivaban a los sabios del mundo antiguo para emprender la búsqueda de la verdad (*alèthéia*) y de la vida virtuosa (*arètè*). Con las sustanciales transposiciones que se impusieron, el cristianismo naciente, heredero a su vez de toda la tradición del judaísmo antiguo y del judaísmo helenista, se impregnó notablemente de toda esta corriente de pensamiento que se llama semi-platonismo, y que luego, con Plotino, evolucionó y tomó la forma del neoplatonismo⁵.

Es precisamente en Egipto, y especialmente en Alejandría la Grande —lugar de nacimiento de la Biblia griega, no lo olvidemos, en esa ciudad donde se daban cita y florecían con intensa abundancia las culturas más diversas— donde se sucedieron grandes pensadores como Filón, Clemente y Orígenes, impregnados cada uno a su modo de esa cultura circundante que iba a tener en Palèstina y hasta en la Capadocia del siglo IV tan amplia irradiación.

Desde Filón de Alejandría hasta Gregorio de Nisa, sin omitir a los latinos como Rufino, Jerónimo y Casiano ni a los griegos como Atanasio, Basilio y Evagrio, y a través de ellos una gran parte de la patrística ulterior, nos encontramos con un hombre que ansía a Dios y lo busca, apoyándose constantemente sobre los textos bíblicos pero tomando en gran parte la terminología griega para intentar expresar su deseo espiritual.

Alrededor de las nociones que acabamos de evocar y que son fundamentales para nuestro intento, gravitan otras nociones o términos conexos referentes al conocimiento (*gnôsis*) y la contemplación (*théôria*)⁶, particularmente ese proceso de la contemplación transformante que torna semejante el que contempla al que es contemplado, tema muy caro a la tradición platónica, para la cual "sólo el semejante conoce al semejante"⁷. No habría que reducir esta actividad del espíritu al solo aspecto intelectual y especulativo: la *homoiôsis théô* exige una *praxis* conforme al fin

buscado, un comportamiento moral y ascético (*askésis*) que incluye la lucha contra las pasiones y la purificación del corazón; y que debe conducir a la *apátheia* o a la *hēsychia*, ese dominio sobre las pasiones o ausencia de ellas, la santa quietud de aquel que encuentra su paz en Dios, una vida bajo la mirada de Dios, vida según el corazón de Dios, vida de unión a Dios, en una palabra vida de *agapē*, vida de amor.

Claro está que los Padres del desierto no hicieron suyos todos estos datos ni los expusieron sistemáticamente —la mayoría de ellos no hubieran sido capaces de hacerlo, pues su nivel cultural dejaba a veces mucho que desear—⁸ porque para ellos era mucho más importante el deseo de una práctica muy concreta de ascesis y de despojamiento que habría de conducirlos, con la ayuda de la Gracia, a llevar una vida penitente capaz de conmover el corazón de Dios. Sin embargo, a mi entender, sería un error craso pensar que toda la herencia de que acabamos de hablar, vehiculada y ampliamente difundida, especialmente en el medio cultural alejandrino y capadocio, no haya tenido influencia alguna ni resonancia en los desiertos donde florecieron tantos monjes santos que se proponían purificar su corazón, a fin de que Dios tuviese misericordia de ellos.

No busquemos, pues, en las *Vitae Patrum*, ni menós aún en los *Apophthegmata*, cuyo género literario es tan particular, grandes especulaciones filosóficas, pero sepamos reconocer, llegado el caso, vestigios de aquella búsqueda de los sabios y los estudiosos en la simple y angustiada pregunta del monje; "¿Cómo puedo yo, pecador, elevar mis ojos a Dios?"

UNA LECCIÓN DE INTERIORIDAD

Quien esté algo familiarizado con los Padres del desierto tal vez piense espontáneamente, con referencia a la pureza de corazón, en el apotegma de la palmera:

Un anciano dijo: está escrito que el justo florecerá como la palmera (Sal 91,13). Estas palabras significan que lo que proviene de obras elevadas es bueno, recto y dulce. Y la palmera tiene un solo centro, que es blanco y encierra toda su vitalidad. Lo mismo se encuentra en los justos: su corazón es simple porque no ve otra cosa que Dios.

Y es blanco, ya que tiene la iluminación que proviene de la fe. Y toda la actividad de los justos está en el corazón. En cuanto a la punta de los pinchos, es la defensa contra el diablo.

Hay que comparar estas palabras con otro apotegma, esta vez de Agatón, que también contiene la imagen de un árbol:

El hombre se parece a un árbol: el trabajo corporal es el follaje, la guarda del interior, el fruto (...). Es claro que todo nuestro cuidado es para el fruto, es decir para la guarda del corazón; pero también son necesarios el adorno y la protección de las hojas, que son el trabajo corporal¹⁰.

Estos dos apotegmas, relacionados entre sí, nos dicen en primer lugar cuánto importa al hombre vigilar sobre su corazón, si quiere dar fruto¹¹. Y sin duda, lo más importante que hay que retener es que el corazón del justo debe ser simple (monos), sin doblez, y tener ojos sólo para Dios¹². Esta unificación del ser interior tendiente a adquirir la pureza de la mirada, es la tarea primordial del monje, "la gran obra del monje"¹³. San Antonio exhortaba a sus discípulos a no buscar la virtud "por fuera" sino "por dentro". En efecto, los monjes no necesitan atravesar el mar como lo hacen los griegos para aprender las letras. "Nosotros no necesitamos —decía— viajar en busca del reino de los cielos ni atravesar el mar en busca de la virtud", pues ella "no está lejos de nosotros, no se forma fuera de nosotros, la obra está en nosotros"¹⁴. Uno de los rasgos salientes del ascetismo cristiano es ser interior y espiritual: "Nada tiene valor si no es por el interior"¹⁵.

Casiano lo había comprendido muy bien, ya que se preguntaba cuál podría ser la pureza del cuerpo si la pureza del corazón no brilla en lo interior, en el santuario donde nada se les escapa ni a Dios ni a los ángeles¹⁶. "Todo lo que el hombre hace en secreto —dice un apotegma— eso es lo que le gusta al Señor. ¿No es esto acaso, lo que es puro?"¹⁷. Casiano hace notar que, en efecto, Dios sabe "explorar los pensamientos del hombre, sus movimientos interiores, el más secreto santuario de su espíritu"¹⁸. Por lo tanto, es ahí, en lo blanco del meollo de la palmera, en la fuente de toda vitalidad, donde el monje debe obrar. Precisamente por eso el tratado de espiritualidad monástica que son las Conferencias de Casiano, comienza hablando de la pureza de corazón. Según abba Moisés, cuya enseñanza transmite Casiano, la pureza de corazón es el fin de la vida monástica, en función del cual ha de ordenarse todo:

Todo lo que puede permitirnos alcanzar esa meta de la pureza de corazón, sigámoslo con todas nuestras fuerzas; pero todo aquello que nos separa de ella, desechémoslo como peligroso y dañino, pues por ella trabajamos y sufrimos¹⁹ (...). El fin de nuestra profesión es el reino de Dios (...) pero nuestra meta, es la pureza de corazón sin la cual nadie podría alcanzar dicho fin²⁰.

El monje se ha ido al desierto para encontrarse allí con su corazón, el lugar por excelencia de la interioridad y de la unidad²¹. Allí "reúne sus pensamientos dispersos por todas partes, como una madre a sus hijos, y cada vez que por efecto del pecado se vuelven a dispersar, debe volver a reunirlos incesantemente en cuanto le sea posible, y esperar al Señor con fe confiada"²². Entonces, se ha acercado ya al santuario de Dios.

"Barsanufio da este consejo al hermano Andrés: "Dispón tu casa en toda pureza", y poco después especifica:

La actividad interior trae la pureza; la pureza trae la verdadera quietud del corazón, y esta quietud trae la humildad, y la humildad convierte al hombre en habitación de Dios. De esta habitación quedan desterrados los demonios perversos (...) y el hombre se vuelve entonces un templo de Dios, santificado, iluminado, purificado, enriquecido con su gracia. El hombre deviene théophoros, portador de Dios²³.

¿Quieres saber dónde habita Dios? Un corazón puro: esa es su morada"; había declarado ya Orígenes²⁴.

FUGE, TACE, QUIESCE

A menudo se citan las tres palabras que Arsenio oyó cierto día mientras estaba en oración: "Arsenio, huye, calla, sóségate"²⁵. Esta trilogía se ha convertido en un programa de conversión para todo hombre que quiere buscar lo esencial. No se trata de huir, de sus responsabilidades y de no preocuparse más de sus semejantes. Muy por el contrario, el monje se sabe llamado a encontrarse con sus más profundas aspiraciones, a encontrar el verdadero sentido de su vida²⁶. De lo que en adelante huye es de la dispersión, de la agitación y de la turbación que impiden a su espíritu ver con claridad y tornan estériles sus acciones. "Si el alma se aleja de la agitación humana y de la confusión —observa Poimén— (...) el Espíritu de Dios viene a ella y entonces la que era estéril, será

capaz de engendrar"²⁷. Se puede afirmar que existe un lazo muy fuerte entre la virginidad del corazón y su fecundidad²⁸.

Antonio trae la comparación de un pez que retorna a su elemento natural: Debemos apresurarnos a "ir a nuestra celda —como el pez al mar— para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior"²⁹. Y agrega que el que así permanece en su celda, si bien es verdad que "se ve libre de tres combates: del oído, de la palabra y de la vista", tiene que librar sobre todo el combate del corazón³⁰.

En el desierto, el corazón puede "arrojarse en Dios"³¹, purificarse por el contacto con Él, desterrar todos los pensamientos vanos y fútiles "guardando un único pensamiento, el del mismo Dios"³². Aprender de Dios mismo la verdadera ciencia, adquirir la pureza de la fe³³, tener siempre a Dios ante los ojos³⁴, desechar todo cuanto puede desagradarle, hacerlo todo bajo su mirada: esta es la verdadera paz, el verdadero recogimiento, la *hēsychia* tan querida a los monjes³⁵.

"Todos nuestros pensamientos —decía Basilio— deberían ser tan puros que podrían desplegarse inmediatamente bajo la mirada de Dios"³⁶. De hecho, Dios lo ve todo, pero ¿quién podría permitirse sostener la mirada de Dios? "Sólo Dios es puro", decía Abba Zenón³⁷, y Barsanufio podía, justamente, preguntarse: "¿Quién se gloriará de tener un corazón puro?"³⁸. Si bien toda visión de Dios es imposible aquí en la tierra al hombre, si el espíritu humano, a causa de su incesante movilidad no consigue fijarse en Dios con una unión tan constante como lo desearía, todo aquel que intenta adherirse a Dios cuanto le es posible, por su deseo y su voluntad, en verdad encuentra la belleza original de su ser, la gracia que fue depositada en él desde el comienzo, el reflejo de Dios.

Como lo ha expuesto tan bien Dom Robert Le Gall, la pureza de corazón "no es aún la visión de Dios, que está reservada para el mundo futuro, pero ya es unión con Dios, puesto que es sinónimo de santidad, de caridad, de contemplación: Se podría decir que la pureza de corazón es, de manera dispositiva, lo que estas últimas son de manera perfectiva. El corazón puro está atento para quitar todos los obstáculos capaces de entenebrecer la morada interior donde Dios quiere habitar. Casiano vuelve constantemente, en sus dos obras, sobre las pasiones, que causan estragos en el alma y la turban, la hacen incapaz de amar y contemplar a Dios. La pureza

de corazón es el estado de un alma liberada de sus pasiones, disponible para escuchar las sugerencias del Espíritu Santo; no ve a Dios, pero como un lago de tranquila superficie, puede reflejar la belleza de Dios, puede devenir realmente su imagen³⁹.

EL LIBRE ASENTIMIENTO A LA VOLUNTAD DIVINA

En sus *Discursos ascéticos*, Abba Isaias da, entre otros, este buen consejo: "Cualquier cosa que decidas hacer, indaga ante todo, si es según Dios, explora el motivo del acto, y entonces obra como conviene delante de Dios"⁴⁰. No se podría subrayar mejor el lugar que corresponde al libre arbitrio del hombre en un sano discernimiento de los pensamientos. Esto es importante porque, a lo largo de todo el combate espiritual, Dios no obra solo y tampoco deja solo al hombre. Dios suscita y exige el concurso de la libertad humana. El libre arbitrio es, pues, el verdadero artesano de la pureza de corazón. Se diría que la purificación del corazón es posible solamente si hay una cierta purificación del espíritu que sabe pesar y examinar, que, con referencia a la Escritura o a la experiencia, acepta o rechaza, según el caso. Al ejercicio de este poder de reflexión que, si está bien llevado, es llamado discreción o discernimiento, debe seguir un juicio práctico que oriente la voluntad con vistas a la realización de lo que se ha elegido.

Libertad y voluntad cooperan en la construcción del edificio interior: voluntad libre que ama y persevera, infinitamente preciosa para adquirir o acrecentar la pureza de corazón, voluntad tenaz para ser toda de Dios, para preferir siempre agradecer a Dios antes que seguir la propia voluntad. "Debe ser el fin primero de nuestros esfuerzos —dice Casiano— el inmutable designio y la pasión constante de nuestro corazón, adherirse siempre a Dios y a las cosas de Dios"⁴¹. Antonio amaba mucho la virtud de la discreción, él sabía que muchos de los esfuerzos para la adquisición de la virtud pueden tornarse vanos y estériles por la falta de clarividencia. "Hay quienes han triturado su cuerpo con la ascesis, pero, carentes de discernimiento, se han quedado lejos de Dios"⁴². En el relato de su vida, Atanasio nos muestra a Antonio enseñando a sus discípulos a no ir tras el don de profecía u otros carismas análogos: "No hay que estimar en mucho esas cosas ni fatigarse tras ellas, sino gástarse para agradecer a Dios por una vida buena". Esa es la

verdadera sabiduría; la verdadera pureza de corazón, la verdadera "perspicacia" del alma"⁴³.

En la abundante y apasionante correspondencia de Barsanufio, se encuentra este pedido de Doroteo de Gaza: "Por favor, aclárame cómo debe esforzarse mi corazón para que venga a él el discernimiento". Y Barsanufio responde: "Esforzar tu corazón es rogar a Dios sin cesar que no te deje errar o andar según tu propio querer y desde allí llegarás al discernimiento"⁴⁴.

Basilio recuerda que el monje, el cristiano, tiene el deber de ser fiel a los mandamientos del Señor, observar cuidadosamente lo que Dios quiere, agraderle en todo⁴⁵. El que quiere ser puro de corazón debe ante todo ser humilde, abandonar su voluntad propia⁴⁶ y tener siempre gran delicadeza de conciencia. "El monje, decía Agatón, no debe permitir que su conciencia tenga nada de qué acusarlo"⁴⁷. Y el mismo Agatón, que sabía que la falta de discernimiento lamentablemente puede llevar a la herejía, exclamaba con fuerza: "La herejía es separación de Dios, y yo no quiero ser separado de Dios"⁴⁸. Esta voluntad tenaz, libremente elegida, de permanecer en la comunión y el amor de Dios no es otra cosa que la pureza de corazón.

LA LUCHA CONTRA LAS PASIONES

Un apotegma anónimo nos dice esto: "Nadie puede ver su rostro reflejado en un agua agitada; del mismo modo le es imposible al alma contemplar a Dios en la oración antes de haber sido purificada de los pensamientos extraños"⁴⁹. Los pensamientos extraños son todos esos pensamientos desordenados que no son buenos, que no son según el corazón de Dios, que desagradan a Dios porque dañan el corazón del hombre. Esos pensamientos malos hoy ponémoi logismoi son los que engendran las malas acciones. Como el corazón es considerado la fuente o la sede de los pensamientos, importa velar por su pureza para que también las acciones sean puras. Arsenio aconseja: "Con todas tus fuerzas lucha para que tu actividad interior sea según Dios, y entonces vencerás las pasiones exteriores"⁵⁰. En realidad, y los Padres lo saben bien, es muy difícil para el hombre no tener estos pensamientos extraños que entran de repente en nuestro espíritu, aunque la voluntad no

se adhiere a ellos. "Si bien ya no puedes impedir que los pensamientos vengan" —observa con mucho realismo Poimén— "a ti te toca resistirlos"⁵¹. Otro apotegma, anónimo éste, insiste más aún: "Les ruego, hermanos, ya que hemos puesto fin a las acciones, hagamos cesar también los pensamientos"⁵².

Cuántos son los pensamientos extraños, tantas son las inmundicias arrojadas en nuestra casa por el diablo. A nosotros nos toca expulsarlas por el trabajo, la vigilancia y la gracia de Dios. Es muy importante no permitir que nos desborden:

Un anciano dijo a un hermano: el diablo es el enemigo, y tú eres la casa. El enemigo no deja de arrojar en tu casa todo cuanto encuentra, volcando toda clase de impurezas: a ti te toca no descuidar el arrojarlas fuera. Si eres negligente, la casa se llena de toda clase de impurezas, y tú ya no puedes entrar en ella. Pero, desde el primer momento, lo que aquél arroja, vuelve a echarlo fuera de a poco, y tu casa quedará limpia por la gracia de Cristo⁵³.

Se debe entonces librar sin cuartel la batalla del corazón, el combate del corazón (*pugna cordis*)⁵⁴, el combate contra los pensamientos⁵⁵. Uno de los santos varones hablaba así: "Durante diez años enteros, he combatido para que ningún pensamiento extraño entrase en mi corazón; y he visto a Satanás, hasta la hora nona, con su arco tendido, pronto para disparar a mi corazón; y no pudiendo encontrar una ocasión, se desanimaba y cada día se iba lleno de vergüenza"⁵⁶. Y Poimén era categórico: "En cuanto a la lujuria y a la maledicencia, no hay que mencionarlas ni revolver tales pensamientos en el corazón. (...) Al contrario, si se es valiente frente a ellas, habrá reposo"⁵⁷. En otra parte, el mismo Poimén muestra cómo apagar un principio de incendio: "Un hermano preguntó a Abbá Poimén acerca del daño que causan los pensamientos. El anciano respondió: en este asunto ocurre como con un hombre que tiene fuego a su izquierda y un recipiente con agua a su derecha. Si el fuego se inflama, toma agua del recipiente y lo apaga. El fuego es la siembra del Enemigo; y el agua, es arrojarse en la presencia de Dios"⁵⁸.

La pureza de corazón nada tiene que ver con la ingenuidad; por el contrario, exige una gran competencia en el arte de la lucha espiritual. Es lo que quiere puntualizar Amma Sinclética al comentar el texto de Mt 10,16: "Ser como las serpientes, quiere decir no ignorar los asaltos y los ardides del diablo (...); en cuanto a la sencillez de la paloma, ésta designa la pureza de la práctica"⁵⁹. Sí,

el demonio intenta, mediante múltiples artificios, sobresaltarnos y oscurecer nuestra inteligencia, entenebrece nuestros ojos con un velo de engaño que nos quita una cierta clarividencia del alma. Sin embargo, el tentador solo puede "sugerir el mal, no puede obligarnos a cometerlo". No entra en "la sustancia del alma", por decirlo así, pues ese "es un privilegio divino"⁶⁰. Tan solo puede arrojar arena fina a los ojos. El libre arbitrio del hombre queda a salvo⁶¹: "Cuando los demonios siembran pensamientos —aconseja un sabio anciano— no discutas con ellos, pues su papel es sembrar por doquier, y no dejan de hacerlo, pero no pueden imponerse. Tú papel es el de aceptar o no aceptar"⁶². Y Casiano concluye: "Los demonios tienen entrada en un alma solo después de haberle quitado todos sus pensamientos santos y haberla despojado de su fervor espiritual (*contemplatio spiritualis*)"⁶³.

Por lo tanto, importa en el más alto grado "guardar su corazón"⁶⁴, ser vigilante, sentarse, en cierto modo, a la puerta de su corazón para impedir la entrada a los malos pensamientos⁶⁵, ser un centinela apostado en buen lugar y siempre listo para intervenir. "Así como el guardia de corps del emperador permanece junto a él dispuesto para custodiarlo, así es necesario que el alma esté siempre pronta para rechazar al demonio"⁶⁶, decía frecuentemente Poimén. Y Macario afirma que "el que tiene dominio de sí y está en guardia, no cae en las trampas escondidas del maligno"⁶⁷. Es necesario "velar con cuidado a fin de evitar toda mancha"⁶⁸. La vigilancia, la atención a sí mismo y el discernimiento, —reconoce Poimén—, estas tres virtudes, son verdaderamente los guías del alma⁶⁹. Esta es la *nèpsis*⁷⁰ tan querida a los Ancianos, y que precisamente consiste en estar en guardia, en la vigilancia continua, en la vigilia del corazón, que es a la vez dominio de sí, sobriedad, templanza y lucidez. Parece que Poimén repetía a menudo: "Lo único que necesitamos es una inteligencia que esté alerta"⁷¹, y Arsenio considera que la *nèpsis* es necesaria a todo hombre que no quiera "trabajar en vano"⁷².

Toda esta lucha contra los pensamientos tiene por finalidad, evidentemente, extirpar poco a poco todas las pasiones que perjudican el alma, o dicho de otro modo, purificar el corazón. Esta purificación (*katharotès*) de todo pensamiento extraño es, para Evagrio, la *apathéia*⁷³ de las pasiones del alma, es decir la calma del espíritu que ya no se deja turbar, la tranquilidad del alma que permanece a pesar de las sensaciones. Esta *apathéia* evagriana

corresponde a la *puritas cordis* de Casiano, a la pureza de corazón tal como la describe en su primera Conferencia⁷⁴, y que es, a su vez, el equivalente del *agapè* paulino: "La caridad que describe San Pablo (I Co 13,3), ¿qué otra cosa es —dice Casiano— sino ofrecer continuamente un corazón puro y sin reproche, y conservarlo intacto de todo movimiento de pasión?"⁷⁵.

Con razón, pues, se dirigía Barsanufio en estos términos a Juan de Beersheba: "Esfuérzate en ser muy cuidadoso con tus pensamientos, para que jamás arrojen en tu corazón un veneno mortal"⁷⁶. Y a Eutimio, daba esta recomendación: "Purifica tu corazón de los pensamientos del hombre viejo (...). Mientras que tu corazón esté agitado por la ira, el rencor y las otras pasiones semejantes del hombre viejo, la sabiduría no entra en él"⁷⁷. Poco después, volvía a insistir: "En un templo contaminado por las pasiones lo divino no habita"⁷⁸. Para los corazones puros, nada hay más terrorífico que estar separados de Dios⁷⁹.

LA APERTURA DE CORAZÓN

El gran remedio para permanecer en comunión con Dios, para volver a encontrar la pureza de corazón cuando éste ha recibido alguna mancha, es indiscutiblemente la apertura del corazón, la manifestación de los pensamientos a un anciano⁸⁰. "Enséñale a tu boca a decir lo que tu corazón oculta", decía hermosamente Poimén⁸¹. Un sabio anciano del Desierto ha dicho: "Antes de acostarse, el monje debe descubrir sus pensamientos (...) No aceptará que ningún pensamiento perverso lo acompañe, sino que después de gemir en lo más hondo de su corazón, derramará lágrimas de compunción"⁸².

Confesar su pecado sin duda no es el único remedio para obtener la curación, como lo veremos pronto, pero es el paso obligado, el elemento indispensable para levantarse de la caída y para la conversión, y esto, aun en el caso de que por sí mismo, por sus lecturas o por la propia experiencia, uno creyese saber qué esfuerzo debe hacer en adelante para vencer las futuras tentaciones. Contra esta ilusión tan peligrosa como frecuente, reacciona sanamente Abba Zenón, a quien le plantean esta pregunta: "Si alguien tiene un pensamiento (...) y oye cómo los Padres han

hablado de la pureza, y quiere corregirse, pero no lo logra, ¿es mejor que hable de ello a uno de los Padres, o debe esforzarse por poner en práctica lo que ha leído y bastarse a sí mismo con su propia conciencia?" El anciano respondió entonces con sabiduría: "Debe hablarlo con alguien que sea capaz de edificarlo, y no fiarse de sí mismo. Porque nadie está capacitado para auxiliarse a sí mismo, sobre todo si se está dominado por las pasiones. Cuando era joven me ocurrió el hecho siguiente (...)"⁸³.

Y la cautivante continuación del relato nos da a conocer —para decirlo con los mismos términos de Dom Michel Van Parys— "uno de los más hermosos y vivos testimonios que existan sobre la dirección espiritual de otros tiempos", el cual nos convence de la importancia capital que tiene "practicar la apertura de corazón ante un padre espiritual, aunque se conozca ya teóricamente el remedio contra la pasión (...) superando el respeto humano y la falsa vergüenza para tener acceso a la transparencia y a la verdad de su ser"⁸⁴.

No terminaríamos de transcribir todos los relatos en que aparece un monje yendo en busca de un anciano para revelarles sus pensamientos o sus acciones⁸⁵. En casi todos los casos el mal queda desactivado no bien lo manifiesta, y la curación sigue poco después. Y esto es lo que causa tristeza al demonio, que sus astucias sean desbaratadas por la sumisión (*hypotagè*) al Padre espiritual⁸⁶. Abba Juan Colobos decía: "El Enemigo en nadie halla tanto contento como en aquellos que no manifiestan sus pensamientos"⁸⁷. Por eso el anciano insistía a sus discípulos: "Esto es lo que debes cumplir hasta la muerte: no hacer nada, pequeño o grande, sin el parecer de tu Padre espiritual que habita contigo"⁸⁸. Es este el único camino para obtener la pureza de corazón.

EL CORAZÓN PURIFICADO POR LA CARIDAD

Abba Macario dijo: "Es un pecado para un monje si, habiendo sido maltratado o insultado por un hermano, no se adelanta y va a su encuentro con el corazón purificado por la caridad"⁸⁹. Cuando el corazón ha recibido alguna herida o se ha manchado de cualquier manera, lo que puede restituirle su brillo es una verdadera caridad. Abba Zenón tenía por costumbre estimular en

la práctica de la caridad a "quienquiera iba a confesarle una falta. ¿No cubre acaso la caridad una multitud de pecados? "Si deseas suprimir en ti las raíces del demonio de la impureza y reducirlo a la nada en ti,—decía Abba Zenón— haz esto: no permitas a tu boca que juzgue a nadie. No murmures de nadie, ya se trató de cosas conocidas o de cosas ocultas. Pero confiesa tus pecados en todo tiempo. Ese es tu auxilio y tu escudo (...). Nada acerca tanto a Dios como no entregarse a la venganza ni a la calumnia, y hacer el bien a quien nos ha hecho algún mal"⁹⁰.

Hemos subrayado ya hasta qué punto Casiano identifica prácticamente la pureza de corazón y la caridad, esa caridad —dice él— que "consiste únicamente en la pureza de corazón": *caritas (...) quae in sola cordis puritate consistit*⁹¹. Los Padres del desierto generalmente no lo han dicho tan explícitamente, pero su enseñanza y su ejemplo, sus frecuentes recomendaciones no dejan duda alguna de que en los ambientes ascéticos existía sobre este asunto una visión idéntica. No juzgar es señal de pureza de corazón. "Cuando Agatón veía algo y su mente quería juzgarlo, se decía: Agatón no hagas eso. Y así su pensamiento se calmaba"⁹². Se decía también que "Macario velaba las faltas, viéndolas como si no las viese, y oyéndolas como si no las oyese"⁹³. "Guardar puro su corazón, decía Barsanufio, es no decir nada contra nadie por venganza"⁹⁴. Otro apolegma dice que ciertamente "no es monje quien murmura del prójimo (...), el verdadero monje es humilde, apacible, lleno de caridad, y tiene siempre en su corazón el temor de Dios"⁹⁵. Y en otro se expresa: "Si quieres ser monje y agradar a Dios, purifica tu corazón respecto a todos los hombres y somete tu pensamiento a todos. No censures a nadie"⁹⁶. Caridad y humildad van a la par, evidentemente: sólo se puede ser puro si se es humilde⁹⁷.

Se ha hecho notar muy justamente que la insistencia sobre la caridad con todos, que se encuentra en la espiritualidad de los apolegmas, es una buena garantía de su autenticidad evangélica⁹⁸. "Sé dueño de tu corazón y refrena tu lengua —decía Esteban de Tebas— no tengas gusto en escuchar algo contra alguien; para estar en paz con todos los hombres, pues todos los santos de Dios están en paz y Dios habita en ellos (...). Los que aman a Dios viven en paz con todos"⁹⁹. Decía Abba José: "Sí, en verdad, guarda al menos tu conciencia pura de toda falta contra tu prójimo y así serás salvo"¹⁰⁰.

LA PRÁCTICA PURIFICADORA DE LA *LECTIO DIVINA*

Hay un gran principio, heredado del mundo antiguo y repetido a menudo en los comienzos del cristianismo, especial y principalmente por Orígenes, que ha sido transmitido y retenido en los ambientes ascéticos, según el cual el hombre se hace semejante a lo que ve y se convierte en aquello que contempla o frecuenta. "Dime con quién andas y te diré quién eres", es el dicho popular que traduce muy bien este fenómeno de la contemplación transformante que hemos evocado ya al principio de este estudio, y que nos parece tan importante recordar aquí¹⁰¹.

Gregorio el Teólogo, en el transcurso de unas enseñanzas sobre la humildad, afirma que "el alma se vuelve semejante a aquello de que se ocupa, se conforma a lo que hace y adopta las actitudes convenientes"¹⁰². Por este motivo, para Antonio como para Arsenio, para Poimén como para Hiperequio, la práctica de la *lectio divina* ocupa un lugar importante. Impregnarse de la Palabra de Dios es dejarse transformar por ella. En la medida en que se ocupe de las cosas espirituales, el alma, lejos de futilidades inútiles, se preocupará de las espirituales y divinas. Doble es la acción de la Palabra de Dios: echa fuera lo que no procede de ella, y en este sentido, purifica el corazón de los pensamientos extraños —"Si el amo entra en su casa, los extraños huyen"¹⁰³, dice admirablemente un sabio anciano—; también la Palabra de Dios comunica la verdadera ciencia del corazón, la que sólo se aprende precisamente haciéndose discípulo de ella. Desde luego, es menester tener ya cierta pureza de corazón para poder gustar la Palabra divina, pero es nuestra asiduidad en la meditación de las Escrituras lo que nos dará esa pureza de corazón. Existe una causalidad recíproca entre la lectura y la conversión, entre la justa comprensión y la pureza de corazón¹⁰⁴.

Abba Antonio dijo: "Nada renueva tanto el alma envejecida como el temor del Señor, la oración noble y la meditación incansable de las palabras del Señor"¹⁰⁵. Pero, ¿cómo adquirir este temor de Dios? Poimén nos responde: "Nuestro corazón es tan duro como dulce es la Palabra de Dios, pero si el hombre escucha a menudo la Palabra de Dios, su corazón se abre al temor de Dios"¹⁰⁶. Esto nos recuerda el consejo análogo que daba Amma Sinclética: "Elige la mansedumbre de Moisés, a fin de cambiar la roca de tu corazón en una fuente de agua"¹⁰⁷.

Y el gran Arsenio, para quien la meditación (*mélété*), y la contemplación de la Palabra de Dios ocupan un lugar central en la vida¹⁰⁸, nos conmueve con sus consejos hondamente sentidos: "No te canses de leer la Escritura y escruta la palabra de los profetas (...) "¹⁰⁹. Si no tienes lágrimas, toma y lee las divinas Escrituras; y escucha las palabras de Dios, y llorarás' (...) "¹¹⁰. Cuando el Espíritu de Dios entra en un hombre, le revela todas las palabras proferidas por los profetas"¹¹¹. Tenemos aquí muy bien descrito, con términos muy simples, el proceso de la purificación del corazón que, a partir de la lectura y por la compunción (*penthos*) lleva a la clarividencia.

La enseñanza de Hiperequio¹¹² va en el mismo sentido. "La ascesis del monje —dice— es la meditación de las Escrituras y la práctica de los mandamientos de Dios"¹¹³. "Que la boca del monje se abra para la palabra de Dios, y que su corazón medite sin cesar las palabras divinas, sin distracción"¹¹⁴. Así, porque los buenos pensamientos pueden sucederse continuamente, los malos se secan y desaparecen"¹¹⁵. Abba Theonas tenía razón cuando pensaba que "nos volvemos esclavos de las pasiones carnales cuando el espíritu se aparta de la contemplación de Dios"¹¹⁶. También lo afirmaba Hiperequio: "Es la ignorancia de Dios lo que entenebrece el alma del monje", mientras que "si él contempla las Escrituras (*théôria*) y tiende con su voluntad hacia el Señor", adquiere el "verdadero conocimiento (*gnôsis*)"¹¹⁷. Este conocimiento no es de orden intelectual sino sapiencial.

Casiano nos recuerda esta verdad en términos admirables:

Si ya han empezado ustedes a preocuparse por llegar a la luz de la ciencia espiritual, no por el vicio de una vana jactancia sino por una gracia de purificación, ardan primeramente con el deseo de esa bienaventuranza de la que se dice: Bienaventurados los corazones puros porque verán a Dios (...). Sí, si quieren llegar a la verdadera ciencia de las Escrituras, apresúrense ante todo por adquirir una inmovible humildad de corazón. Ella los conducirá, no a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina, por la consumación de la caridad. Al alma que no es pura le es imposible obtener el don de la ciencia espiritual¹¹⁸.

La Palabra de Dios posee una eficacia soberana para purificar el corazón. Haciendo más disponible el corazón que la escucha, va a procurarle una mejor comprensión. Es un poderoso remedio contra los pensamientos¹¹⁹, "una gran salvaguardia para no pecar", dice

Epifanio¹²⁰. Se cuenta de Juan Colobos que "vacaba a la oración, a la meditación y a la salmodia hasta que su pensamiento volvía a su estado anterior"¹²¹. Y Macario daba este consejo: "Ayuna hasta la tarde y ejercítate (en la ascesis), recita de memoria el Evangelio y las demás Escrituras; y si un pensamiento te asalta, nunca mires hacia abajo, sino siempre hacia lo alto, y enseguida el Señor vendrá en tu ayuda"¹²².

LA ORACIÓN Y LAS LÁGRIMAS DEL CORAZÓN

"(...) Habiendo escuchado la Palabra de Dios, una mujer fue movida a compunción, lloró y dijo a Abba Timoteo: 'Desde hoy, me entrego a Dios'¹²³. Abba Mateo decía: "Cuanto más se acerca el hombre a Dios tanto más pecador se ve"¹²⁴. Otro apotegma dice: "Por las lágrimas adquiere el hombre las virtudes y por las lágrimas obtiene el perdón de los pecados"¹²⁵.

La oración con lágrimas es la que brota de un corazón purificado por la misericordia de Dios. "La última purificación del corazón es la herida del corazón (...) Es la herida de la contrición de un corazón que 'se deshace' en medio del pecho, dejando que brote la fuente de las lágrimas purificadoras"¹²⁶. Esto es el *penthos* del cual Juan Clímaco dirá más tarde que es "el agujón de oro" del alma, "la tristeza que da la alegría" y "el precursor de la *apatheia*"¹²⁷.

Entonces la oración es un grito del corazón, de un corazón que todo lo espera de Aquel que tan bien ha sabido conmoverlo. "En todo momento —dice Juan Colobos— el alma se refugia junto al Señor"¹²⁸; y acerca de sí mismo confesaba: "Me refugio en Dios por la oración y quedo a salvo del Enemigo"¹²⁹.

Una de las más hermosas oraciones del corazón que nos han llegado de los Padres del desierto es tal vez la que expresa este apotegma: "El corazón se vuelve hacia el Señor mientras clama: ¡Jesús, ten piedad de mí! ¡Jesús, ayúdame! Te bendigo en todo tiempo ¡oh, mi Dios vivo! Y en lo íntimo del corazón se levantan lentamente los ojos al Señor mientras se pronuncian estas palabras"¹³⁰.

Los Padres se han preocupado de pronunciar el nombre de Jesús¹³¹ y de repetirlo incansablemente. Macario da este consejo:

Está atento al nombre de nuestro Señor Jesucristo, con un corazón contrito pronúncialo con tus labios y tráelo de nuevo hacia ti; no lo grabes en tu espíritu superficialmente, sino poniendo mucha atención cuando lo invocas: ¡Señor mío Jesucristo, ten piedad de mí! Y en la calma, verás a su divinidad descansar en ti, él ahuyentará las tinieblas de las pasiones que hay en ti y purificará el hombre interior¹³².

La oración está llamada a ser continua¹³³, tan continua como ha de serlo la memoria de Dios¹³⁴ y el deseo de Dios¹³⁵. Debe brotar de los labios impuros para pedir la pureza y debe también subir de un corazón ya purificado: "La oración pura es aquella que se eleva de un corazón puro", decía Evagrio¹³⁶.

Toda oración ya es presencia de Dios en nosotros, iluminación del corazón: "Si buscamos a Dios, él se nos hará presente —decía Arsenio— y si lo retenemos, se quedará junto a nosotros"¹³⁷.

EL DON DE DIOS

Un anciano dijo: "Es imposible que tu alma sea iluminada, si no está antes purificada"¹³⁸. Pero otro anciano, Abba Agatón, con no menos realismo, dijo: "Vé, arroja ante Dios tu impotencia y tendrás reposo"¹³⁹.

Si bien es verdad que los grandes misterios de la divinidad "no pueden ser revelados más que a quienes tienen su corazón purificado de toda mancha", recuerda Amonas, también es verdad —agrega inmediatamente— que "el alma no puede elevarse si no recibe la alegría celestial"¹⁴⁰, o, en otros términos, si la consoladora misericordia de Dios no acude en auxilio de su debilidad.

Mucho se ha dicho sobre el rigor y el voluntarismo de los ascetas del desierto, y también sobre sus excentricidades y extravagancias; pero, así como al comienzo de este estudio hemos visto que su itinerario espiritual entrañaba una búsqueda muy real, es necesario ahora que, sin minimizar su ascetismo riguroso, se lo contrapese con la confesión de su radical impotencia para elevarse hasta Dios y con la certeza absoluta de su fe en la omnipotente y

misericordiosa bondad de Dios, que reconocían como lo único eficaz. Verdaderamente estamos lejos de aquellos filósofos que no pedían ninguna ayuda para alcanzar las cimas de la mística... Nuestros Padres tienen una visión profundamente cristiana y se sitúan en la perspectiva evangélica de las bienaventuranzas. "Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios": si el corazón puro es, ya un don de Dios; ¿qué no será entonces la visión de Dios?¹⁴¹

Macario nos exhorta a arrojarnos en la misericordia de Dios:

La piedad y la misericordia pertenecen a nuestro Señor Jesucristo, pues en verdad, no hay para ti ni arrepentimiento, ni misericordia, ni atención, sino en el único compasivo, en aquel que tiene tesoros innumerables de misericordia y de piedad (...), Jesucristo, el Salvador de nuestras almas y de nuestros cuerpos... Al ver su amor por los hombres, comportémonos bien en adelante (...). Acérquemonos a él por las plegarias y las lágrimas santas, a fin de que se compadezca de nosotros, que resucite nuestras almas muertas por el pecado y que vivamos por su misericordia.

Arrojarse en Dios es poner toda su esperanza en él socorro de Dios, porque, en verdad, es él quien nos salva¹⁴².

A Doroteo, que le pedía consejo, Barsanufio responde de manera conmovedora: "Obra sinceramente y con un corazón puro, contando con Dios que te toma de la mano y te da la ayuda de su gracia"¹⁴³. Innumerables son los textos en los que se dice explícitamente que es Dios quien no se aparta del hombre para sostenerlo, colmarlo de beneficios y concederle la pureza de corazón¹⁴⁴.

Entre todos estos textos, hay un magnífico pasaje de una homilía del Seudo Macario, identificado ahora con Simeón de Mesopotamia, donde él describe, de un modo que recuerda asombrosamente a Teresa de Lisieux¹⁴⁵, cómo el hombre, semejante a un niño, se ve en la imposibilidad de llegar hasta Dios, a quien, sin embargo no desea en vano, puesto que Dios mismo, al ver que se esfuerza y se debate, viene hacia él, lo levanta y lo alimenta:

Un niño, aunque nada puede por sí y es incapaz de dirigirse hacia su madre caminando, patalea, grita y llora, y la madre, se compadece de él, se alegra de ver cómo la busca con tantos esfuerzos y gritos: y puesto que el niño es incapaz de ir hacia ella, la madre misma, prisionera de su amor por el niño a quien tanto quiere, lo alza en brazos, lo acaricia y lo alimenta con gran cariño. Esto mismo es lo que hace Dios, amigo de los hombres, con el alma que va hacia él y lo desea con ardor. Más aún, impulsado por su profundo amor y

por la dulzura de su bondad, se une estrechamente a su inteligencia y se vuelve un solo Espíritu con ella (...).

Esta alma, cuyo velo de tinieblas quitó el poder del Espíritu, cuyos ojos espirituales son iluminados por la luz de lo alto, queda en adelante enteramente liberada de las pasiones, purificada por el efecto de la gracia (...).

Contempla tú los misterios inesfables de esa alma que el Señor ha liberado de las tinieblas que la encubrían, a quien ha quitado el velo y a quien él mismo se revela; contempla cuánto dilata y amplía el horizonte de sus pensamientos, abriéndola a la anchura, la longitud, la profundidad y la altura de la creación visible e invisible¹⁴⁶.

Este texto tan hermoso podría haber sido por sí solo un comentario de la bienaventuranza de los corazones puros. Al parecer, ningún apotegma menciona esta sexta bienaventuranza de Mateo y, sin embargo, lejos de estar ausente de la preocupación del desierto, la necesidad de la pureza de corazón y de la espera del don de Dios se encuentran prácticamente en todos ellos. Además, se halla explícitamente indicada, más aún explicada, en Pacomio¹⁴⁷, Casiano¹⁴⁸, Esteban de Tebas¹⁴⁹ y Barsanufio¹⁵⁰.

Cierta día Teodoro fue a visitar a Pacomio (...). Le dijo: "Padre, deseo que me digas que yo veré a Dios; de lo contrario ¿qué ventaja sería para mí el haber nacido?" Pacomio le dijo: "¿Quieres verlo en este mundo o en el otro?" Teodoro le respondió: "Deseo verlo en el mundo que dura eternamente". Entonces le dijo Pacomio: "Apresúrate entonces a dar el fruto que se describe en el Evangelio: 'Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios!'. Y si un mal pensamiento entra en tu espíritu, ya sea de odio, de maldad, de celos, de envidia, de desprecio del prójimo, de vanagloria humana, recuerda inmediatamente y di: 'Si consiento en una de estas cosas, no veré al Señor'. Cuando Teodoro hubo escuchado estas palabras de labios de nuestro padre Pacomio, se preparó a caminar en adelante con humildad y pureza, a fin de que el Señor colmara su deseo de verlo en el siglo que no termina.

LA CLARIVIDENCIA DEL ALMA

Dios es Luz, y cuando Dios habita en un corazón, lo penetra y transfigura, ese corazón se convierte a su vez en una fuente de luz. Los Padres han utilizado a menudo el lenguaje de la luz para describir la acción de la gracia y su irradiación en los corazones. Un corazón puro es un corazón luminoso, límpido, clarividente, y

la mirada de un hombre puro de corazón no está afectada por la opacidad de la materia, porque ve espiritualmente todas las cosas según el corazón y la mirada de Dios; sus ojos espirituales pueden mirar la invisible claridad y percibir en ella desde ya un poco de la belleza de Dios.

Todo progreso en la vida espiritual, toda renuncia a sí mismo, toda tentación rechazada; toda renovada adhesión a Dios, provoca desde acá en la tierra una luz en el corazón, una iluminación en la mirada, una cierta perspicacia sobrenatural.

"El hermano combatía para no ceder a su pensamiento (...). La guerra terminó con el fracaso (del tentador) a causa de la resistencia del hermano, y enseguida la luz inundó su corazón."¹⁵¹ Y esta luz permite al ojo del alma estar más vigilante para otros combates: "Así como una lámpara ilumina una habitación oscura —enseñaba Abba Santiago— así el temor de Dios, al entrar en un corazón de hombre lo ilumina y le enseña todas las virtudes y los mandamientos de Dios"¹⁵². Barsanufio, en una carta al hermano Andrés, le suplicaba así: "Que toda la fuerza de tu hombre interior trabaje para humillar los pensamientos; entonces Dios abrirá los ojos de tu corazón para ver la verdadera luz" (*Jn* 1,9) y decir lúcidamente: "Por gracia he sido salvado" (*Ef* 2,5)"¹⁵³.

Esta luz que, viniendo de lo alto, ilumina el corazón¹⁵⁴ es un don del Espíritu al alma que se une con él. "Todo es puro para los puros", dice el Apóstol a Tito (1,15); esto es lo que ocurre al "monje experimentado, de corazón puro, que no ve más que el bien y ve todas las cosas por los ojos del Espíritu"¹⁵⁵. "Sus ojos no ven el mal", agrega otro apotegma¹⁵⁶. Gracias a esta venida del Espíritu, fuente de luz en las almas así purificadas, pueden algunos, ya desde aquí abajo, "ver de alguna manera al Dios invisible como en un espejo", precisamente en el espejo de su corazón purificado, convertido en un puro reflejo de Dios¹⁵⁷.

Abba Besarión, en el momento de su muerte, decía: "El monje debe ser todo ojos como los querubines y los serafines"¹⁵⁸. Y Abba José de Panefo dio este consejo a alguien que aspiraba a más: "Hazte todo tú como de fuego"¹⁵⁹.

Se habla a menudo de la claridad de la mirada de los santos. Los ojos de Antonio —según dice su célebre biógrafo— revelaban la pureza de su alma; su cuerpo expresaba en cierta manera el estado de su corazón¹⁶⁰. Pero el don de la clarividencia espiritual

revela mejor aún la perspicacia sobrenatural de aquellos que todo lo ven con los ojos de Dios. Así ocurría con Pablo el Simple, discípulo de Antonio, que había recibido el don de ver el estado de las almas: "En efecto, había recibido del Señor —dice un apotegma que se refiere a él— la gracia de ver a cada uno en su alma como nosotros nos vemos el rostro unos a otros"¹⁶¹. Otro carisma, relativamente frecuente en el desierto y revelador de una gran pureza de corazón, era el retorno a la armonía de la creación, especialmente con los animales y fieras o las serpientes venenosas. "Perdónenme, hermanos —decía Pablo de la Tebaida que había recibido este carisma— si alguno posee la pureza, todas las criaturas se le someten como a Adán en el Paraíso antes de su desobediencia a Dios"¹⁶².

Esta vuelta a la unidad con la creación es el signo y el indicio de que se ha vuelto a encontrar la unidad consigo mismo, con sus hermanos y, por consiguiente y sobre todo, con Dios. La pureza de corazón nos hace reconquistar, en cierto modo, la pureza original perdida en Adán. Esta pureza recuperada, si es que toda pureza pudiera darse verdaderamente acá en la tierra, jamás es perfecta, sino siempre perfectible, como lo es la santidad, puesto que se identifica con ella.

*Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios. Ver a Dios es imposible para el hombre acá en la tierra; pero son conocidos los magníficos términos en que Gregorio de Nisa ha afirmado que, precisamente, es ver a Dios en verdad el desearlo sin cesar*¹⁶³. Nuestro Seudo-Macario nos va a ayudar a terminar con una nota parecida. Él también está enamorado de esa misma épektasis que anima los corazones de los santos y que lo mueve a expresarse en estos términos:

El alma verdaderamente amiga de Dios y de Cristo, aunque hubiese hecho diez mil actos de justicia, se considera como si nada hubiese hecho, a causa de su insaciable deseo de Dios. Aunque hubiera agotado su cuerpo con ayunos y viglias, se comportaría como si todavía no hubiese comenzado a esforzarse en las virtudes. A pesar de los diversos dones del Espíritu, las revelaciones y los misterios celestiales que ella ha sido juzgada digna de recibir, tiene conciencia, a causa de su amor ilimitado e insaciable por el Señor, de no haber hecho absolutamente nada.

Mas durante todo el día, con hambre y sed, perseverando en la oración — tanta fe y amor tiene — sigue insaciable de los misterios de la gracia y de la posesión de toda virtud. Está herida por el amor apasionado del Espíritu celestial, que despierta continuamente en ella, por la gracia, una ardiente aspiración hacia el Esposo celestial, y esta aspiración le hace desear ser juzgada digna de obtener en plenitud la comunión misteriosa e inefable con él, en la santificación del Espíritu. Con su rostro descubierto, en un faz a faz, el alma fija la mirada en el Esposo celestial, en una luz espiritual e inefable (...). Entonces, purificada por el Espíritu, se ha tornado santa en alma y cuerpo y ha sido juzgada digna de recibir un vaso puro, capaz de contener el perfume celestial y de acoger al verdadero Rey, al mismo Cristo. Entonces es hecha digna de la vida eterna, puesto que, ya, en esta vida, se ha convertido en morada pura para el Espíritu Santo¹⁹⁴.

NOTAS

1. PLATÓN: Teeteto 176 a; cf. FESTUGIÈRE, A.-J., *Contemplation et vie contemplative selon Platon*, Paris, 1936, pp. 330, 254; MERK, H.: *Homoiôsis théos* (Paradoxis, 7), Freiburg/Schw., 1952.
2. Cf. PLATÓN, *República* 509 b: "El más allá del ser"; *República* 505 e: el inacible... sin poder asir lo que es"; FESTUGIÈRE, A.-J., *Contemplation...*, p. 124: "lo sacro como tal es puro, es decir separado en sentido propio, inabordable, intocable. En una palabra, es katharon, y hay que ser katharos para tener trato con él"; GROSS, J., *La divinisation du chrétien d'après les Pères grecs*, Paris, 1938, pp. 43-44.
3. Cf. des PLACES, E., *Syngénéia, la parenté de l'homme avec Dieu, d'Homère à la patristique*, Paris, 1964; GROSS, J., o.c., *ibid.*
4. Cf. FESTUGIÈRE, A.-J., *Contemplation...*, pp. 123-156; ARNOU, R., *Le désir de Dieu dans la philosophie de Plotin*, Paris, Alcan, 1921; TROUILLARD, J., *La purification plotinienne*, Paris, PUF, 1955.
5. Cf. ARNOU, R., art. *Platonisme des Pères*, en: DTC XII, 2, 1935, col. 2258-2392; BULTMANN, R., *Le christianisme primitif*, Paris, 1950, p. 118; SPANNEUT, M., *Le stoïcisme des Pères de l'Eglise*, Paris, 1957; DANIELOU, J., *Théologie du judéo-christianisme*, Paris, 1948; *id.*, *Message évangélique et culture hellénistique aux IIe et IIIe siècles*, Paris, 1961; IVANKA, E. von, *Plato christianus*, (Johannes Verlag, 1964), Paris, PUF, 1990; TURBESSI, G., *Cercare-Dio*, Roma, 1980.
6. Cf. FESTUGIÈRE, A.-J., *Contemplation...*, p. 210s; D Sp. II, 2, 1953, col. 1716a, art. *Contemplation* (R. Arnou, L. Lemaître, L. Hausherr, R. Roques, M. Viller, J. Daniélou, M. Olphe-Galliard, J. Leclercq).
7. Cf. GROSS, J., o.c., p. 44, n. 2.
8. FESTUGIÈRE, A.-J., *Les moines d'Orient*. T. I. *Culture ou sainteté*, Paris, Éd. du Cérif, 1961, pp. 75-91; LELOR, L., *Désert et communion*, Bellefontaine, 1978 (*Spiritualité orientale*, 26), pp. 15-21.
9. N 362 (SPAN 1362, pp. 123-124).

10. Agatón, 8 (SPAL 90, p. 39).
11. GUILLAUMONT, A., *Les sens des noms du coeur dans l'antiquité*, en *Le coeur*, París, 1950 (Études carmélitaines), pp. 41-81; SPIDLIK, T., *La doctrine spirituelle de Théophraste le reclus. Le coeur et l'esprit*, Roma, Ist. Orientale, 1965 (Orientalia Chr. Analecta, 172), donde el autor muestra cómo ese monje ruso del s. XIX supo alimentarse en las mejores fuentes antiguas; *id.*, *La spiritualité de l'Orient chrétien*, Roma, Ist. Orientale, 1988, T. 2 (Orientalia Chr. Analecta, 130), pp. 260-274.
12. Cf. ANDÍA, Y. de, *Dieu voit le coeur, le coeur voit Dieu*, en: *Communio*, cit., p. 27s.
13. BOUYER, L., *La vie de S. Antoine*, St.-Wandrille, Éd. de Fontenelle, 1950, reed. Bellefontaine, 1977, p. 131.
14. ATANASIO, S., *Vie et conduite de notre Père Saint Antoine*, 20. Bellefontaine, 1979 (Spir. orientale, 28), p. 39.
15. HAUSHERR, L., *Hésychasme et prière*, Roma, Ist.-Orientale, 1966, (Orientalia Chr. Analecta, 176), p. 215.
16. Cf. *Inst.* 6,9; 5,21; ver también Geroncio (SPAL, 182, p. 75).
17. *Eth. Coll.* 13,7 (SPN, 289).
18. *Conf.* 7,13 (SC 42, p. 257).
19. *Conf.* 1,5 (SC 42, p. 82-83); cf. CRISTIANI, L., *Cassien*, St.-Wandrille, Éd. de Fontenelle, 1946; reed. 1991, T. 2, pp. 13s. y 155-169.
20. *Conf.* 1,4 (SC 42, p. 81); cf. LE GALL, R., *L'oeil et les larmes*, en: *Communio*, cit., pp. 89-90.
21. Cf. ANDÍA, Y. de, en: *Communio*, cit., pp. 23 y 33.
22. Macario XI 49 (SPT, p. 86).
23. BARSANUFIO, *Correspondances*, 112 y 119, Solesmes, 1971, pp. 101 y 106. Es conocido tal vez el consejo muy simple de Evagrius: "Cuando estás en tu celda, recoge tu espíritu", Evagrius I (SPAL 227, 9. 92).
24. ORIGENES, *Hom. Gén.* 13,3 (S.C. 7 bis, p. 324).
25. Arsenio 2 (SPAL 40, p. 23); cf. MERTON, T., *Le Père spirituel dans la tradition du désert*, en: *La vie spirituelle* 121, 1969, p. 442s; también VAN PARYS, M., *Lettres des Pères du désert*, Bellefontaine, 1985 (Spiritualité orientale, 42), pp. 87s.
26. Es el sentido de la expresión *habitare secum* ver MIQUEL, P., *Lexique du désert*, Bellefontaine, 1986 (Spiritualité orientale, 44), pp. 148-151.
27. Poimén S. 18 (SPAL) 982, p. 336).
28. Cf. Crónicas I (SPAL 435, p. 162).
29. Antonio 10 (SPAL 10, p. 15).
30. Antonio 11 (SPAL 11, p. 15).
31. "La hesiquía en la celda es arrojarse ante Dios...", Abba Isaías 13, en: Abba ISAÍAS, *Recueil ascétique*, Bellefontaine, 1970 (Spiritualité orientale, 7), pp. 23-24 y 165. Cf. también II 15 (SPT, p. 68).
32. "Cuando hemos renunciado a todo lo que tenemos, y hemos dejado el mundo para retirarnos a la soledad, conviene que guardemos nuestro corazón con la mayor vigilancia, para no perder el recuerdo continuo de Dios; y no manchar con imaginaciones vanas el recuerdo de sus maravillas. Por el contrario, conviene que llevemos a todas partes el santo recuerdo de Dios, como un sello imborrable impreso en nuestras almas, haciendo incesantemente memoria de Él, con un corazón puro", BASILIO, *Grandes Reglas*, 5,2; cf. AMAND, D., *L'ascèse monastique de S. Basile*, Maredsous, 1948, pp. 114-115. Sobre la mnémé Théou, el recuerdo de Dios, ver: REGNAULT, L.,

- Recueil*, pp. 130-131. Abba Isaías recomendaba "no apartar jamás el corazón del recuerdo de Dios", II 17 (SPT, p. 69); cf. también Evagrio I (SPAL, pp. 92-93; ver D Sp T. II, 2 1953, art. *Contemplation: sobre la mnémé Théou* (J. Lemaître = I. Hausherr), col. 1858-1862.
33. "La pureza de corazón es más teológica que moral: es la pureza de la fe. Es el momento de la 'verdadera gnosis', en el sentido de los primeros Padres de la Iglesia", ANDIA, Y. de, en *Communio*, cit., p. 30.
 34. "Le preguntaron a abba Antonio: ¿Qué debo hacer para agradar a Dios? El anciano respondió: Observa lo que te prescribo: dondequiera que vayas, ten siempre a Dios ante tus ojos; en tus acciones, ten la aprobación de las Sagradas Escrituras; y dondequiera que habites, no te muevas fácilmente de allí: observa estas tres cosas y serás salvo", Antonio 3 (SPAL 3, p. 14). Cf. Poimén 175 (SPAL 749, pp. 258-259).
 35. Ver MIGUEL, P., *Lexique...* cit., pp. 143-180; también D Sp T. VII, 1969, col. 381-399, art. *Hésychasme* (P. Adnès).
 36. BASILIO, *Grandes Reglas*, 5, 3.
 37. Zenón 4 (SPAL 238, p. 96).
 38. BARSANUFIO, *Correspondance*, 629, p. 418.
 39. LE GALL, R., *L'oeil et les larmes*, en: *Communio*, cit., pp. 90-91.
 40. ISAÍAS, *Recueil ascétique*, cit., 27,11, p. 253.
 41. Conf. 1,8 (SC 42, p. 85); cf. OLPHE-GALLIARD, M., *La pureté de cœur...*, pp. 34s.
 42. Antonio 8 (SPAL 8, p. 15).
 43. ATANASIO, *Vie et conduite de notre Père S. Antoine*, 34, cit., p. 50.
 44. BARSANUFIO, *Correspondance*, 266, p. 211.
 45. Cf. BASILIO, *Grandes Reglas*, 3.
 46. "Arrojarse en la presencia de Dios, no estimarse a sí mismo y desechar la voluntad propia, son los instrumentos del alma", Poimén 36 (SPAL 610, p. 231); id. 79 (ibid 653, p. 240).
 47. Agatón 2 (SPAL 84, p. 37).
 48. Agatón 5 (SPAL 87, p. 38).
 49. N 379 (SPAN 1379, p. 128); cf. REGNAULT, L., *Recueil*, p. 177: "Que se los llame 'maños', 'perversos' o 'impuros', 'los pensamientos contra los que lucha el monje, pueden ser pensamientos contra la castidad, pero no siempre ni más frecuentemente, como parece según el conjunto de los textos'".
 50. Arsenio 9 (SPAL 47, p. 25).
 51. Poimén 28 (SPAL 602, p. 229); ver sin embargo Eth. Coll. 13,90 (SPN, p. 310).
 52. N 83 (SPAN 1083, p. 41).
 53. N 275 (SPAN 1275, p. 98); cf. en el mismo sentido: Eth. Coll. 14, 5 (SPN, p. 514).
 54. Cf. RAASCH, J., *St Mon* 12, 1970, p. 35.
 55. Eth. Coll. 13,67 (SPN, p. 304); cf. ORIGENES, Hom. sobre Josué, 5,2; EVAGRIO, *Praktikos*, 48; CASIANO, *Inst.* 6,9.
 56. Bu II 382 (SPN, p. 242).
 57. Poimén 154 (SPAL 728, p. 255).
 58. Poimén 146 (SPAL 720, p. 253).
 59. Sinclética 18 (SPAL 909, p. 312).
 60. OLPHE-GALLIARD, M., *La pureté de cœur...*, p. 50.
 61. Cf. Casiano, Conf. 7,22 (SC 42, p. 265).
 62. N 184 (SPAN 1184, p. 71).
 63. Casiano, Conf. 8,18-19 (SC 54, pp. 25-27); cf. OLPHE-GALLIARD, M., *La pureté de cœur...*, p. 52.

64. Cf. Agatón 8 (SPAL 90, p. 39); Geroncio de Petra* (ibíd. 182, p. 75); Nesteros 2 (ibíd. 557, p. 210); Títoes 3 (ibíd. 912, p. 313); Teodora S, 1 (SPAL 953, p. 330): "Guarda tu corazón vuelto hacia Dios...".
65. Son innegables las influencias estoicas (cf. por ejemplo, Epicteto: *Discurso* II, 18, 19-32; III, 12; 15), pero hay numerosos antecedentes también en el AT (práctica de la atención, de la memoria Dei o mnémē Théou que es la mejor defensa); cf. D Sp T. VI, 1967, col. 105-106.
66. Poimén 14 (SPAL 588, p. 226).
67. Am. 141,16 (SPT, p. 160).
68. Poimén 165 (SPAL 739, p. 256); cf. Elías 4 (SPAL 262, p. 103).
69. Poimén 35 (SPAL 609, p. 231).
70. Ver Miquel, P., *Lexique...*, pp. 191-199; D Sp. T. XI (1982), col. 110-118, art. Nèpsis (P. Adnès); ibíd. T. VI (1967), col. 100-117, art. Garde du cœur (P. Adnès); ibíd. T. I (1937), col. 1058-1077, art. Attention (R. Vernay).
71. Poimén 135 (SPAL 709, p. 251).
72. Arsenio 33 (SPAL 71, p. 31).
73. EVAGRIO, Carta 56, 182 b; cf. Miquel, P., *Lexique...*, pp. 113-134; D Sp T. I (1937), col. 727-746, art. Apathéia (G. Bardy).
74. CASIANO, Conf. 1.4-8; cf. MARILLI, S., *Giovanni Cassiano ed Evagrio Pontico* (St. Anís., 5), Roma, 1936, pp. 114-115; RAASCH, J., en St Món 12, 1970, pp. 32-33.
75. CASIANO, Conf. 1.6 (SC 42, p. 84); cf. TUNINK, W., *Vision de paix*, Paris, Éd. de la Source, 1968, p. 27.
76. BARSANUFIO, *Correspondance*, 16, p. 22.
77. Ibíd. 67, p. 66.
78. Ibíd. 71, p. 71.
79. Agatón 5 (SPAL 87, p. 38); Olímpicos 1 (SPAL 571, p. 217).
80. Cf. COURLEAU, G., *L'accusation de soi dans le monachisme antique en: La Vie Spirituelle* 116, 1967, pp. 309-324; GOUTAGNY, E., *La voie royale du désert* (dactilografiado), Notre-Dame-des-Dombes, 1978, pp. 69-80.
81. Poimén 164 (SPAL 738, p. 256).
82. K 297 (SPAN 1490/3, p. 173).
83. N. 509-510 (SPAN 1509, p. 184).
84. VAN PARYS, M., *Abba Sylvain et ses disciples*, en: *Irénikón* 61,4, 1988, pp. 457s, especialmente las notas 24, 25 y 26.
85. Por ejemplo: N 164 (SPAN 1164, p. 61) o N 169 (ibíd. 1169, p. 62), etc.
86. Cf. HAUSHERR, L., *Direction spirituelle en Orient autrefois*; Roma, Ist. Orientale, 1955, pp. 152s y 212s; LOUF, A., *La paternité spirituelle dans la littérature du désert*, en *La Vie Spirituelle* 66, 1986, pp. 335-360.
87. Poimén 101 (SPAL 675, p. 244).
88. K 298 (SPAN 490/4, p. 174); cf. José de Tebas (SPAL 424, p. 156); Pambó 3 (SPAL 764, p. 263); Rufo 2 (SPAL 802, p. 281).
89. M 16a (SPT, p. 196).
90. *Geronticon aethiopice*, 293; en: *Irénikón* 61,4, 1988, p. 465.
91. CASIANO, Conf. 1.6 (SC 42, p. 84).
92. Agatón 18 (SPAL 100, p. 41); cf. sobre no juzgar a nadie, SP, pp. 123-127.
93. Macario 32 (SPAL 485, p. 183).
94. BARSANUFIO, *Correspondance*, 845, p. 508.
95. M 82 (SPT, p. 196).
96. Eth. Coll. 13,40 (SPN, p. 298); cf. Amma Sara: "rogaré para que mi corazón sea puro para con todos", Sara 5 (SPAL 888, 307).
97. Ver un conjunto de apotegmas que ponen de relieve la virtud de la humildad, en: SP, p. 207-235.

98. Cf. RAASCH, J., en: *St Mon* 12, 1970, p. 39.
99. Esteban de Tebas; 35, en: *Enseignements des Pères du désert*, Bellefontaine, 1991, pp. 68-69.
100. José 4 (SPAL 387, p. 144).
101. Sobre la influencia de Orígenes acerca del tema de la contemplación transformante o de la lectio divina vinculada con la conversión, ver nuestro artículo: *Le thème du voile de Moïse chez Origène*, en: *RSR* 62,1, 1988, pp. 14-26; *La triple exigence fondamentale pour l'approche du sens spirituel des Écritures, d'après Origène* (dactilografiado), Roma, Ist. Patristico, 1988, especialmente las pp. 149-152, sobre la influencia en los Padres del desierto. El trabajo completo, más desarrollado, será publicado próximamente bajo el título: *Naissance de la lectio divina* (Ed. du Cerf). Ver también: COLOMBAS, G. M., *La Biblia en la espiritualidad del monacato primitivo*, en: Yermo (Madrid) 1, 1963, pp. 3-20; 149-170; 271-286; 1964, pp. 3-14; 113-129; LELCOT, L., *Désert et communion*, pp. 236s.
102. N 486 (SPAN 1486, p. 162).
103. Eth. Coll. 13,77 (SPN p. 306).
104. Ver nuestro art. cit. *Le thème du voile...*, p. 20.
105. K 295 (SPAN 1490/1, p. 171).
106. Poimén 183 (SPAL 757, p. 260); cf. Macario 12 (SPAL 455, p. 178): "El hombre purifica su espíritu con el temor del Señor".
107. Sinclética 11 (SPAL 902, p. 311).
108. VAN PARYS, M., *Lettres des Pères du Désert*, (Spiritualité Orientale, 42), Bellefontaine, 1985, p. 94.
109. Arsenio, Carta, 26 (*ibid.*, p. 109).
110. *Ibid.*, 52 (p. 111).
111. *Ibid.*, 76 (p. 113).
112. Cf. TIROT, P., en: *Enseignements des Pères du Désert*, Bellefontaine, 1991 (Spiritualité Orientale, 51), pp. 30-31.
113. Hiperequios 4 (*ibid.*, p. 33).
114. *Ibid.*, 125, p. 46.
115. *Ibid.*, 12, p. 35.
116. Teonas (SPAL 303; p. 116).
117. Hiperequios 2, p. 33; 42, p. 38; cf. VAN PARYS, M., *Abba Silvain et ses disciples*, en *Irenikon* 81,4; 1988, p. 453, nota 9, acerca de Zenón 4 y de Sisões 17: "Advertencia frecuente en los Padres del desierto, para no escudarse con curiosidad malsana la Palabra de Dios, si no se tiene ante el corazón purificado...".
118. CASIANO, Conf. 14, 9 y 10 (SC 54, pp. 192 y 194); cf. también Inst. 5,33 y 34 (SC 109, pp. 242-245); ver BEDOUELLE, G., *L'oeil et le feu*, en *Communio*, cit., p. 106.
119. Cf. Eth. Coll. 14,42 (SPN, p. 324); XI,33 Isaías (SPT, p. 86); es notable la influencia de Orígenes en todos estos aspectos; cf. igualmente el método antirético de Evagrio, ver: GRUN, A., *Aux prises avec le mal*, Bellefontaine, 1990 (Spiritualité Orientale, 49), pp. 54s.
120. Epifanio 9 (SPAL 204, p. 84).
121. Juan Colobos 35 (SPAL 350, p. 132).
122. Macario 3 (SPAL 456, p. 174).
123. Timoteo (SPAL 917, p. 314).
124. Mateos 2 (SPAL 514, p. 195).
125. III; 22 (SPT, p. 71).

126. ANDÍA, Y. de, en: *Communio*, cit., p. 37.
127. Juan Clímaco, *Escala*, 7, 2 y 58; sobre la compunción en general, ver: HAUSHERR, I., *Penthos. La doctrine de la componction dans l'Orient chrétien*, Roma, 1944 (*Orientalia Chr. Analecta*, 132); D Sp. T. II, 2 (1953), col. 1312-1319, art. *Componction* (J. Pégon); MIOUET, P., *Lexique...* pp. 217-232.
128. Juan Colobos 16 (SPAL 331, p. 127).
129. *Ibid.* 12 (SPAL 327, p. 126).
130. Eth. Coll. 13,26 (SPN, p. 293); ver también Eth. Coll. 13,42 y 43 pp.298-299; cf. REGNAULT, L., *Connaissez-vous les Pères du désert?*, en: *La Vie Spirituelle* 124, 1971, pp. 612-613.
131. Cf. Am 152,6 (SPT, p. 166): "Bienaventurado el que se encuentra que conservó el nombre bendito de Nuestro Señor Jesucristo, sin cesar y con el corazón contrito: pues verdaderamente no hay en toda la vida práctica mejor actividad que este feliz alimento"; HAUSHERR, I., *Noms du Christ et voies d'oraison*, Roma, Ist. Orientale, 1960 (*Orientalia Christiana Analecta*, 157); REGNAULT, L., *Recueil*, pp. 113s y 141s.
132. Am 160,1 (SPT, p. 170).
133. Cf. J 764 (SPAN 1764, p. 332): "Es monje precisamente porque permanece solo conversando con Dios noche y día"; sobre la oración incesante ligada a la népsis, cf. RAASCH, J., en: *St Mon* 12, 1970, p. 39. 134. II, 17 Isafas (SPT, p. 69): "No apartar jamás su corazón del recuerdo de Dios".
135. I; 17 Isafas (SPT, p. 65), "El hombre debe adquirir la fe en Dios, el deseo continuo de Dios..., la súplica continua de Dios en el esfuerzo del corazón".
136. EVAGRIO, *Praktikos*, 1,14.
137. Arsenio 10 (SPAL 48, p. 25).
138. XI, 85 (SPT, p. 89).
139. Agatón 21 (SPAL 103, p. 42).
140. AMMONAS, Carta, 6, 1, en: *Lettres des Pères du Désert*, cit., p. 26.
141. Am 128,13 (SPT, p. 155).
142. Am 131,1 (SPT, p. 156).
143. BARSANUFIO, *Correspondance*, 322, p. 235.
144. Por ejemplo, Eth. Coll. 14,12 (SPN, p. 316); V, 10 (SPT, p. 74); Eth. Coll. 14,54 (SPN, p. 328): "Bendito el Señor que ha doblegado mi corazón para Él".
145. Cf. REGNAULT, L., *Recueil*, pp. 185-226, especialmente p. 189.
146. MACARIO, *Homilías espirituales*, 46,3-5; en: *Les Homélies spirituelles de Saint Macaire*, Bellefontaine, 1984 (*Spiritualité orientale*, 40), pp. 339s.
147. Cf. LEFORT, L.-TH., *Les vies coptes de S: Pachôme et de ses premiers disciples*, Louvain, 1943 (*Bibl. du Muséon*, 16), pp. 104-105, par. 33.
148. CASIANO, *Cohf.* 1,10 (SC 42, p. 89).
149. Esteban de Tebas, 107, en: *Enseignements des Pères...* cit., p. 86.
150. BARSANUFIO, *Correspondance*, 22, p. 28, y 627, p. 418.
151. N 163 (SPN, p. 61).
152. Santiago 3 (SPAL 397, p. 147).
153. BARSANUFIO, *Correspondance*, 119, p. 106; cf. *ibid.*, 209, p. 170.
154. MACARIO, *Homilías espirituales*, 46,4, en *Les Homélies spirituelles...* cit., p. 340.
155. N 84 (SPAN 1084, p. 42).
156. N 255 (SPAN 1225, p. 86).
157. Cf. ANDÍA, Y. de, en: *Communio*, cit., p. 33.
158. Basarion 11 (SPAL 166, p. 67).
159. José de Paneio 7 (SPAL 390, p. 145).
160. ATANASIO, *Vida de Antonio*, 67 (éd. Bellefontaine, p. 74).

161. Pablo el simple (SPAL 797, p. 275).
162. Pablo (SPAL 791, p. 273); cf. Am 134, 8 (SPT, p. 157-158); ver RAASCH J., en: *St Mon* 12, 1970, p. 40.
163. GREGORIO DE NISA, *Vida de Moisés*, 2, 239 (SC 1 bis, 1987^a), p. 270.
164. MACARIO, *Homilias espirituales*, 10, 4, en: *Les Homélies spirituelles...*, cit., pp. 155-156.

Principales obras generales utilizadas, con sus siglas:

1. REGNAULT, L.: *Les sentences des Pères du désert*. Solesmes (=SP):
 - SP (recensión de Pelagio y Juan), 1966 (=SP). Trad. *Las sentencias de los Padres del desierto*, Bilbao, Desclée, de Brouwer, 1988.
 - SP. *Nouveau recueil*, 1970 (=SPN).
 - SP. *Troisième recueil et table*, 1976 (=SPT).
 - SP. *Collection alphabétique*, 1981 (=SPAL). *Los Dichos de los Padres del desierto*, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1986.
 - SP. *Série des anonymes*, 1985 (=SPAN). Este último volumen es una coedición con Bellefontaine (*Spiritualité orientale*, 43).
2. REGNAULT, L.: (otras obras)
 - *Maîtres spirituels au désert de Gaza*. Solesmes, 1966.
 - *Les Pères du désert à travers leurs apophthegmes* (recopilación de 12 artículos). Solesmes, 1987 (= *Recueil*). Notemos que las pp. 155-184 están dedicadas a las bienaventuranzas evangélicas en los apotegmas.
 - *A l'écoute des Pères du désert aujourd'hui*. Solesmes, 1989.
 - *L'Évangile vécu au désert*. Solesmes, 1990.
 - *La vie quotidienne des Pères du désert en Égypte au IV^e siècle*, Paris, Hachette, 1990.
3. Artículos de revistas:
 - OLPHE-GALLIARD, M.: *La pureté de cœur d'après Cassien*, en: *RevAscMyst* 15, 1936, pp. 28-60. (= *La pureté de cœur*).
 - TUNINK, W. — PEIFER, C. — ROLOFF, R.: *Purity of heart an the modern monk*, en *AmBenedRev* 10, 1959, pp. 205-218; 12, 1961, pp. 505-522; 13, 1962, pp. 123-150 y 359-389.
 - RAASCH, J.: *The monastic concept of purity of heart and its sources*, en *Studia monastica* 8, 1966, pp. 7-33 y 183-213; 10, 1968, pp. 7-55; 11, 1969, pp. 269-314; 12, 1970, pp. 7-41. tr. cast. *CuadMon.* 93, 1978, n°46-47, pp. 297-338 (se está preparando una edición completa en ECUAM).
 - *Bienheureux les cœurs purs*, en *Communio* (ed.fr.) 13/5, 1988, (=Communio)

Abbaye de Saint Wandrille
F- 76490 Caudebec-en-Caux
France